Música, cantores y carnaval

Crónicas (2006-2024)



Javier Franco Altamar

SENTIDOS

EDITORIAL uninorte



© Javier Franco Altamar

Javier Franco Altamar. Periodista y cronista. Autor del libro *En este mundo historial: reportaje sobre la vida del juglar Juancho Polo Valencia* (La Cueva, 2010), y coautor de *¡Estamos mamados de la guerra!: voces desde el corazón del conflicto* (Intermedio, 2016). Con la Editorial Uninorte ha publicado *La nostalgia del caimán: relatos, personajes y musas en el canto a La Arenosa* (2023) y *El camino de la crónica* (2017). Ganador en varias ocasiones del Premio de Periodismo Ernesto McCausland Sojo que entrega el Carnaval de Barranquilla. Ha trabajado como corresponsal y redactor para los diarios *El Tiempo* y *ADN*. Es comunicador social y periodista de la Universidad Autónoma del Caribe, con una maestría en Comunicación de la Universidad del Norte.

Música, cantores y carnaval

Crónicas (2006-2024)

Música, cantores y carnaval : Crónicas (2006-2024) / Javier Franco Altamar. – Barranquilla, Colombia : Editorial Universidad del Norte, 2026.

xii ; 202 páginas : ilustraciones ; 21,5 cm.
ISBN 978-958-789-777-7 (impreso)
ISBN 978-958-789-778-4 (PDF)
ISBN 978-958-789-782-1 (ePub)
ISBN 978-958-789-779-1 (POD)

1. Periodismo -- Arte de escribir. 2. Periodismo -- Colombia -- Historia -- Relatos personales. 3. Caribe (Región, Colombia). I. Tít.

(070.44 F825m) (CO-BrUNB)

MÚSICA, CANTORES Y CARNAVAL: CRÓNICAS (2006-2024)
Javier Enrique Franco Altamar
© Álvaro Suescún, por el prólogo
© Universidad del Norte
Primera edición, 2026

UNIVERSIDAD DEL NORTE
Vigilada Mineducación
Km 5, vía Puerto Colombia, Área Metropolitana de Barranquilla

EDITORIAL UNINORTE
https://editorial.uninorte.edu.co/
editorial@uninorte.edu.co

Directora Alexandra Vives
Coordinadora María Margarita Mendoza
Asistente Fabián Buelvas
Correctora Carolina García Quijano
Diseñadora Vanessa Coronado Balza
Arte final Munir Kharfan de los Reyes

IMPRESOR
Imageprinting Ltda. | Bogotá

© Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio, sin permiso de los titulares del copyright

IMPRESO EN COLOMBIA • PRINTED IN COLOMBIA

Música, cantores y carnaval

Crónicas (2006-2024)

Javier Franco Altamar

EDITORIAL
uninorte

Contenido

Prólogo vii

Introducción 1

Primera parte. De música y algo más

Las baladas del diplomático 7

Carmelo Torres no se cansa nunca 13

El Gallo Urbina quiere cantar una novela 17

Canciones a los pies de Mary 21

El señor Manyoma 27

Campo Miranda, náufrago de la vida 33

Sueño largo de un cantor 40

Se robaron un sombrero y comenzó la leyenda 48

El evangelio según Diomedes 56

Chan Chan puso a bailar al Papa 74

Suby, el universitario de sesenta y seis años 80

Cuando llueva pa' arriba 87

El Rey hace el amor con su flauta 93

Segunda parte. Personajes del Carnaval

Momo, el dios de la alegría desbordada 103

Las negras bullangueras 107

A punta de groserías 112

María moñitos sigue bailandoen carnavales 118

Su repelencia, la marimonda 127

Nostalgia por un fantasma de colores 139

Muerte carnavalera a tres bandas 143

A los noventa y cuatro se llega, pero sin perder las cabezas 165

Tercera parte. Anecdotario

Euclides responde con su acordeón 175

Tres falsas muertes y media 181

Un ídolo pone a temblar a un león 187

Primera plana con vallenato 191

Café para Pedro Navaja 195

Penas de un ciego 197

Una orquesta para la champeta 200

PRÓLOGO

Hace cuarenta años, Javier Franco Altamar recibió su grado como comunicador social y periodista en la Universidad Autónoma del Caribe, acontecer que le abrió en par las puertas de la vida. Estudioso y buen aprendiz, casi veinticinco años después de este logro, se acreditó el título de Magíster en Comunicación, esperando con paciencia otros quince para, sin requerir de una exposición de motivos, darse cuenta de que, en esa tarea, haciendo el periódico del día siguiente, había transcurrido casi inadvertido el tiempo para su jubilación.

Las cuentas estaban hechas. Mal sumadas había acumulado en sus mejores horas un amplio bagaje en esas labores, entre las que se destaca su paso como redactor de planta de El Tiempo en Barranquilla, levantando pedestales a inciertas glorias de mármol, y ahora en la docencia, en el departamento de Comunicación Social de la Universidad del Norte, desde 2002.

Parte de su nuevo transcurrir tiene ahora el formato de libros, este que está en sus manos, amable lector, es uno más. Y por la convicción de haber encontrado su lugar preciso, la expresión del placer por la escritura, podremos asegurar sin ambages que vendrán otros, ahora que por fin puede dedicarse de cuerpo entero a hacer lo que estaba persiguiendo desde mucho tiempo atrás, cuando puede consagrarse a la tarea literaria afirmándose en la tradición, que es su marca de fábrica, de luchar por sus sueños a costa de su propia tranquilidad. Y lo hará, aun teniendo que dejar notar que, en la vida que le ha pasado por dentro, hay mucho intento en el ejercicio del relato, asumiendo ahora el rol

de periodista menos visible, desde una perspectiva sin ataduras y con técnicas narrativas más cercanas a la literatura.

Los ojos que recorran estos textos con malicia descubrirán el paso de la historia, desde cuando los periódicos eran la fuente principal de análisis profundos, y el periodista una figura de autoridad "invisible", que buscaba la objetividad desde mucho antes de aquellos tiempos que ya eran innovadores. Eran otras realidades que, en nuestra época, convirtieron una serie de ideas surgidas de la imaginación, y que le dieron al mundo un giro radical, viendo pasar frente a nuestros ojos una era analógica, de bloques políticos rígidos, hasta llegar a una realidad digital hiperconectada y con desafíos sin precedentes.

En los años ochenta, cuando el autor de estos relatos se sentaba en las aulas, las computadoras eran máquinas gigantes para empresas, inconcebibles a nuestros ojos, el servicio telefónico de esta ciudad portuaria nunca fue bueno, pero en aquellos días que mencionamos era menos que rudimentario, de manera que para escucharnos era preferible dejar la ventana abierta, porque se oía mejor que por el auricular. Y para hablar por el servicio de larga distancia había que cargarse de paciencia ilimitada antes de que la operadora hiciera el enlace deseado. La señal de la televisión nos entregaba las imágenes en blanco y negro, y jamás hubiéramos llegado a imaginar la posibilidad de las transmisiones remotas en simultaneidad, o lo que llamaban ampulosamente cuando empezaron a lograrse, "en vivo y en directo".

Hoy las llevamos en el bolsillo en forma de dispositivos mil veces más potentes, y nos permiten videoconferencias y acceso instantáneo a toda la información mundial, aun así, encontramos lectores desesperanzados, a los que ningún atractivo ofrece el porvenir.

Acucioso, entusiasta y activo militante del oficio informativo, conocedor de la psicología colectiva, Javier ha visto lo cambios de hábitos y de comportamientos en nuestras maneras de percibir los eventos culturales, cómo adquirimos su acceso, cuánto nos entretiene y la manera de relacionarnos con ellos. Hoy abundan las redes sociales que llegaron, se dice, para democratizar la comunicación, pero también alteraron la dinámica social. Los periodistas, por estas facilidades, parecieran ser

expertos en perfiles, en su escritura, en su análisis, en su confección. Pero no es así.

En 1986 la música era un objeto físico que se compraba, hoy es un servicio ubicuo al que accedemos en segundos. En su presentación en cuanto a los formatos, hemos pasado por una montaña rusa, desde el vinilo y el casete, al auge del CD, su desaparición irreversible al ser reemplazado por los archivos MP3 y, al dominio absoluto de nuevas tecnologías que nos permiten ver o escuchar contenido multimedia (videos, música, podcasts, videojuegos) directamente desde internet en tiempo real, sin necesidad de descargar el archivo completo previamente en el dispositivo. Hace cuarenta años no hubiéramos imaginado siquiera el portentoso avance en materia de tecnologías que presenta el mundo de hoy, y a punto de desbordarse en los próximos diez años, si antes no oscurece la noche en una secuencia atómica

El periodismo pasó de ser un ritual matutino, al lado del hábito de leer el diario con café, a una maratón de veinticuatro horas impulsada por la inmediatez digital que prioriza la objetividad fría, alejándonos de aquel estilo que buscaba sumergir al lector en la historia con una carga estética subjetiva. Se pueden escribir historias haciendo hincapié en alguno de estos factores, lo que nos pudiera dar una clave para entender por qué le interesan las historias que escribe.

La era de la hiperconectividad, surgida desde 2010, esa tendencia a estar conectados a dispositivos y entornos digitales permite ahora la comunicación constante entre personas, máquinas y sistemas en cualquier momento y lugar. Y ha llegado la era de la inteligencia artificial que borró las fronteras entre lo físico y lo digital y la multicanalidad, de modo que los periodistas hoy distribuyen las noticias a través de plataformas digitales, videos cortos, y de los hilos de las redes sociales.

Nosotros persistimos. El "Nuevo Periodismo" nos ha dado las herramientas al introducir recursos literarios y una voz más subjetiva para narrar la realidad, dándole un enorme vuelco a nuestro oficio, al permitir la aplicación de técnicas propias de la literatura de ficción a la narración de hechos reales. Esa es la nueva versión del acucioso periodista que es el profesor Franco Altamar. En cuanto a su conduc-

ta profesional, tengo que reconocer que difícilmente encontraremos alguien con tal pasión por escribir. Arquitecto de la palabra, urde con su albañilería científica los mejores relatos que hemos podido leer en estos años, desde comienzos del siglo, tal vez matizados por la silenciosa complicidad de su enjundioso quehacer, su disciplina, la comprensión del oficio. Porque después de su experiencia por la gran prensa nacional, no hace entrevista, sino textos integrados, todos nuevos y todos inéditos.

Haber empezado como analista de asuntos económicos y políticos, les dio marco técnico a sus afanes temáticos. En este casi medio siglo, el acucioso periodista que se ha consolidado en él ha visto pasar por sus crónicas, personajes y situaciones tan disímiles y tan cambiantes en su evolución, que en este libro presenta resumidos en tres grandes etapas, por coincidencia en número iguales a las veces que ha sido reconocido con el Premio a la Mejor Crónica de Carnaval Ernesto McCausland Sojo, crónicas que aparecen publicadas en este libro para que podamos constatar su destreza en estos menesteres, claramente definidos en su contenido, y que se suman a los textos concernientes a sus exploraciones sobre la música, y a los de carácter anecdótico, que son siete, y están en la parte final en la estructura de estos relatos.

Buen titulador, de entrada, pareciera advertirnos las peripecias informales sobre asuntos cotidianos que encontraremos, encaminado a advertirnos que los textos que integran su libro no encajan quizás con las expectativas que pueda tener un lector convencional del género. Pero para poder ver no solo hay que estar: para ver y para después contar hay que volverse invisibles, aplicando la discreción, porque cuando empezamos a hacernos notar, los demás se convierten en una imagen falsa que se refleja distorsionada en los hechos narrados. Es entonces cuando las cosas empiezan a pesar en el relato, al hacer un registro de lo que sucede, la escritura se convierte en un testimonio de los hechos marcándolos en el tiempo, de manera que impide que la realidad se distorsione como sucede muchas veces en la oralidad. Ese es el gran valor del testimonio cuando es escrito, se acumula como parte de la historia y se mantiene en el tiempo.

Este es un libro de crónicas amenas, casi todas sobre personajes, sus realizaciones, sus logros; perfiles dibujados con paciencia, con una gran carga sicológica descrita con el buril de la literatura. Fueron obtenidos luego de un arduo trabajo de campo, viajes extensos por paisajes profundos a veces, de ríos, de sabanas, de altas temperaturas, de escenas de parrandas que ha debido compartir; jornadas que avanzan entre música pura y las interminables botellas de ron caña, incluso para un periodista casi abstemio, para adentrarse en la emoción y en la conmoción en búsqueda de la fidelidad de los hechos; entrevistas extenuantes con personajes adicionales a veces, reiteraciones y confrontación de fuentes, hasta llegar a la escritura de los textos que también cubre un largo periodo productivo. Sus temas han sido profusamente investigados, sus personajes conocidos más en su intimidad que en sus propias realizaciones para poder conocerlos de cerca, en la convicción de que un perfil es, siempre, la historia de algo mucho más devastador, mucho más grande que la historia de sí mismo, y que debe ser conocido ampliamente para ser expuestos como relatos en un estilo personal que cruza espadas con la literatura, por ser en sus maneras de una gran riqueza narrativa, sustentada en una prosa precisa, sus descripciones son rigurosas y el uso de figuras retóricas le dan un estilo propio. El autor marca así sus linderos, muchas veces en el terreno del reportaje, un estilo periodístico de por sí bastante exhaustivo que convierte el hecho noticioso en una narración de tinte literario.

Ya lo dijo Leila Guerriero en su libro *Frutos extraños*, y permítaseme en este punto el atrevimiento de una cita:

> Un perfil no es la mirada de la mamá, el hermano, la novia o el novio del entrevistado. Un perfil no es lo que el entrevistado escribiría sobre sí porque ese género ya existe y se llama autobiografía. Un perfil es, por definición, la mirada de otro. Y esa mirada es, siempre, subjetiva, que cuenta lo que ve o lo que, honestamente, cree ver. (p. 407)

En este libro no hay estatuas, todos los personajes hablan como la gente del vecindario, sin poderío, nadie presta atención a las charreteras, pero sí están presentes sus conflictos, sus emociones, el espacio de sus logros, pareciera bastarles su lenguaje corporal para reconocerse. El periodista tiene que ganarse su confianza, exacerbando si es necesario su vanidad, pendiente del precipicio de la ignorancia o de la soledad de sus personajes, para conseguir su propósito de narrar una historia que resulte interesante o, al menos, gane la atención de sus lectores.

Hay hallazgos indiscutibles, hay preferencias por el dato concreto en lugar del aproximado, es bastante moderado con adverbios y adjetivos, no hay signos de especulación, y esto significa que sus personajes son terrenales. Y para destacar, entre muchas cosas, especialmente las citas, casi todas relacionadas con la filosofía, del filósofo lituano Emmanuel Lévinas, del antropólogo catalán Lluís Duch, del filósofo danés del siglo XIX Søren Kierkegaard, del francés del siglo XVII René Descartes, del filósofo de nuestro siglo Michel Onfray, del alemán Arthur Schopenhauer del siglo XVII, y Hannah Arendt, filósofa de la banalidad del mal y, al lado del profesor Carlos Pájaro, docente de filosofía en la Universidad del Norte, la inobjetable presencia de Horst Wende, un director de orquesta alemán que usaba unas gafas correctoras de profesor de filosofía para interpretar más cómodamente las canciones de Dámaso Pérez Prado. También aparecen las de un *marimondólogo,* profesor de la Universidad del Norte, Daniel Aguilar, y quizás el más grande de todos —no en vano le decían "el Respeto del Magdalena"—, el gran filósofo Juancho Polo Valencia, a quien el autor le dedica espacios en cuatro de estas crónicas. Por algo será.

Álvaro Suescún T.

INTRODUCCIÓN

Siempre he creído que los libros deben nacer como hijos adicionales y no aparecerse, un buen día, como un jovencito gordo y vistoso a consecuencia del amontonamiento de sus hermanos mayores. Es cuestión de preferencias, creo, y en esa línea de conducta han aparecido mis anteriores libros, situación a la que debe obedecer que son pocos. Pero luego de algunas figuraciones, reconocimientos y algo de madurez para reconocer lo que de verdad vale la pena, he resuelto dejarme tentar y aquí tienen ahora este libro.

Sin embargo, no es verdad que su presentación final, tal y como están a punto de leerla, haya sido consecuencia de una simple recopilación de textos históricos. En honor a la honestidad, hay un poquito de todo. Una miscelánea de expresiones que responde a algunos criterios claros:

En primer lugar, me he desmarcado de los artículos económicos y políticos que alguna vez les dieron marco a mis afanes temáticos. Y no es porque me produzcan espanto o recelo, sino que, como cronista, siempre me he sentido más a gusto con los temas culturales, sobre todo en la etapa más reciente de mi vida periodística. A ella pertenecen, por ejemplo, los tres textos ganadores del Premio a la Mejor Crónica de Carnaval Ernesto McCausland Sojo, que incluyo en esta colección.

En segundo término, si bien he sido respetuoso con la presentación original de varios de los trabajos, a algunos otros les he metido mano para ampliarlos, cruzarlos entre sí y hasta modificarlos en gracia de mejora. Eso obedece a que cuando fueron publicados en el medio masivo donde yo trabajaba, puede que la mano editora del momento

haya usado, en su contra, o bien una tijera implacable para apretarlo en avaros espacios, o bien una cuchara antojosa para extraer los ingredientes de la vestimenta narrativa.

Y, en tercer lugar, he incluido textos nuevos e inéditos posteriores a mi paso por la gran prensa nacional, y obedientes más a la expresión plena de mi placer por escribir, que a una directriz de agendas obligatorias. Eso aplica, por supuesto, a los relatos ubicados en la tercera parte del libro anunciados en clave anecdótica. Los siete, sin excepción, pueden ser tomados como las crónicas que tenía pendientes, ya se darán cuenta por qué.

El libro se desarrolla en dos grandes ejes temáticos: la música y el carnaval. El primero permite que nos encontremos con canciones, intérpretes, contextos y personajes del arte musical, y contienen algún grado de hermenéutica como procedimiento heurístico para examinar las letras. Por eso, advertirán la participación, en este libro, de textos más cercanos al ensayo que a la crónica, por ejemplo.

El segundo, me abre la posibilidad de presentar, además de los textos premiados que ya mencioné, otros tres de parecido reconocimiento dada su condición de nominados o finalistas en el Concurso de Crónicas de Carnaval. De hecho, uno de ellos, desarrollado sobre la base del amor de Pedro "Ramayá" Beltrán con su flauta, puede entenderse como un trabajo bisagra: con un pie en cada uno de los ejes temáticos.

Como se comprenderá, los textos cubren un largo periodo productivo que va desde finales del siglo pasado hasta lo más reciente, es decir, lo que aún estaba calientito cuando puse el libro a consideración de la Editorial Uninorte.

En ese sentido, hay personajes, como el baladista panameño Basilio, a quien abordé en 2006 a mi paso por Cartagena como corresponsal, y quien murió tres años después de aquella entrevista. Un segundo caso es el del maestro Rafael Campo Miranda, quien, al momento de enviarse este libro a edición, sobrepasaba los cien años y ya no concedía entrevistas. Pueden volver a escucharlo aquí pletórico, mamagallista y esclarecedor a sus noventa y cinco años, cuando me recibió en su apartamento del norte de Barranquilla.

Por otro lado, en busca de algún tipo de coherencia conceptual, me he distanciado de disponer los relatos en orden de aparición. Están, primero, los musicales, luego los asociados con el Carnaval; y finalmente, los anecdóticos que ya mencioné.

Agradezco a todos los medios de comunicación donde aparecieron la mayoría de estos textos, a los colegas, compañeros y amigos que permitieron producirlos y divulgarlos; y extiendo mi agradecimiento a quienes posibilitaron la configuración de este libro. Mi modesto deseo es que a todos los lectores les agrade. O que, por lo menos, me perdonen si les hice perder el tiempo con la lectura.

Mayo de 2024

Primera parte
De música y algo más

LAS BALADAS DEL DIPLOMÁTICO

Era estudiante de medicina, se le dio por cantar en las fiestas de fin de semestre, alguien de buen gusto y contacto lo escuchó, y lo condenó a ser un artista de renombre. Por eso alcanzó a desplegar su talento en casi veinte trabajos discográficos.

Después, el gobierno de su país le reconoció madera diplomática y lo nombró cónsul en una ciudad que, más allá de su belleza y su valor histórico, es capaz de generar informes periodísticos y fallos judiciales sobre discriminación racial. Sí, porque además Basilio es negro. ¡Vaya situación!

La palabra afrodescendiente le parece rebuscada: "Yo suelo decir persona negra". Es el cónsul panameño en Cartagena. Su nombre completo es Basilio Fergus Alexander, nació en 1947 en Ciudad de Panamá, pero nunca ha dejado de ser Basilio, a secas, y así se presenta ante cualquiera.

Vivió en Panamá hasta los dieciocho años, cuando terminó secundaria. Después se fue a Montpellier, Francia, a estudiar medicina. "Luego de un par de años, un amigo americano, Kenneth Pearlberg, me convenció de que nos mudáramos a España porque en Francia había manifestaciones protesta, como las de ahora, y un sindicato había paralizado al país". En España, surgió la oportunidad de grabar. Ya estaba en tercer año en el Colegio Mayor, y aparecieron las fiestas de final de curso. "Teníamos un grupito donde yo tocaba el piano y cantaba. Eso no pasaba de ser un hobby; pero el compositor Pablo Herrero me oyó cantar y me invitó a hacer una prueba. Mi